

Domingo de la Santísima Trinidad

Deuteronomio 4, 32-34. 39-40; Romanos 8, 14-17; Mateo 28, 16-20

«*Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*»

3 Junio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«*Nos necesitamos los unos a los otros para encontrarnos con Dios. No podemos caminar solos*»

A todos nos gusta, de vez en cuando, recibir un mail que simplemente nos dé las gracias por existir. O nos alegra encontrarnos con alguien que nos muestre su afecto, sin esperar nada a cambio. También nos motiva vivir con personas que nos recuerden que nuestra vida merece la pena, aunque no estemos a la altura de los ideales, aunque no lleguemos tan lejos como quisiéramos, aunque no cumplamos las expectativas de los demás o las nuestras. Es agradable escuchar de vez en cuando la palabra «gracias», aunque nuestro esfuerzo no lo haya merecido. Reconforta recibir un abrazo que nos pueda contener y comprender que nuestra vida ya merece la pena aunque no hayamos llegado a la cumbre. No obstante, sucede con más frecuencia que escuchamos todo lo que nos falta para estar a la altura. Recibimos quejas y reproches y nos acostumbramos a mirar más lo que aún nos falta que todo lo que ya hemos conseguido. Por eso es tan importante ser agradecidos. Agradecer es un don y saca lo mejor de aquel a quien le damos las gracias. Aunque nos cueste hacerlo y estemos más habituados a corregir. Nuestra forma de ser y nuestras palabras pueden representar un acto de gratitud por la vida de los demás o convertirse en un acto de constante queja y exigencia. Podemos lograr así sacar lo mejor o lo peor de las personas con las que compartimos el camino. Jean Vanier decía hablando de la educación: «*La educación consiste en ayudar a descubrir lo positivo que hay en las personas, que las ayuden a entablar relaciones con los demás. Que descubran que son capaces de amar y de ser amados*». Es el fin de toda educación, sacar del corazón lo más valioso. Lograr que nuestro amor enseñe a otros a amar. Hacer que todos vean el tesoro que llevan escondido en vasijas de barro y no se queden sólo en el barro. **Por todo ello es fundamental el agradecimiento. Agradecerle a Dios y a todos.**

Dios Trino se ha manifestado en la historia del hombre regalando un amor que es gracia. La Trinidad se ha revelado en el caminar de la humanidad. Hoy agradecemos por ese Dios que se hizo hombre para revelarnos el rostro del Padre. Agradecemos por ese amor que Dios Padre nos entrega, ese amor que se hizo sangre derramada por nosotros. Dios se nos ha revelado como nuestro Padre misericordioso. Hoy escuchamos: «*Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: - ¡Abba! ¡Padre! Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados*» Romanos 8, 14-17. El Espíritu nos hace mirar a Dios como nuestro Padre. Dios nos ha revelado todo su amor en la fuerza de un viento huracanado, pero también en la caricia suave de la brisa que toca el alma y la eleva. Dios es ese viento que mueve el corazón desde nuestros cimientos más profundos. El amor de Dios es un amor que nos hace nacer de nuevo y no nos deja indiferentes. Un amor que nos abraza y agradece por lo que ya somos. A la luz de la Trinidad descubrimos nuestro

verdadero rostro. En el abrazo de un amor que nos desborda se manifiesta el deseo de que lleguemos a ser propiedad suya para siempre. Las palabras del salmo expresan ese amor que se manifiesta como pura misericordia: «*La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos, porque él lo dijo, y existió, él lo mandó, y surgió. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librarnos de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*» Sal 32, 4-5. 6 y 9. 18-19. 20 y 22. **En el amor de un Dios que se entrega vemos reflejado lo que estamos llamados a ser. Dios ha sembrado su semilla en nuestra alma.**

La Trinidad refleja un ideal de comunión que queremos vivir en nuestra vida. Dios es amor, necesita un tú al que poder amar. El Padre ama al Hijo y el Espíritu Santo es el fruto de su amor. Son tres Personas y un solo Dios. Nosotros también necesitamos amar y ser amados. A imagen de la Trinidad estamos llamados nosotros a vivir nuestra fe en comunidad. No podemos vivir solos. El sentido de nuestra vida no puede ser salvar nuestra alma en solitario, sin importarnos el resto de nuestros hermanos. Necesitamos vivir la comunión que se hace carne en el amor. Nos necesitamos los unos a los otros para encontrarnos con Dios. No podemos caminar solos. La Santísima Trinidad refleja una comunión que se construye respetando la diversidad. La Trinidad es diálogo, que es lo que falta muchas veces en nuestro mundo, en el que los hombres pasan de largo sin detenerse a escuchar. Es necesario aprender a vivir en comunidad, porque la fe que no se comparte se empobrece y nos aísla. La comunidad aspira a ser familia en la que todos puedan ser respetados en su belleza original. Cada Persona de la Trinidad es diferente y tiene su riqueza, así como cada hombre tiene un don original, un carisma diferente y es amado en sus diferencias: «*Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos hemos bebido de un solo Espíritu*». 1 Corintios 12, 3b-7. 12-13. Somos un solo cuerpo. Miembros diferentes, pero todos con el mismo valor. Un solo cuerpo, una sola alma. Una unidad que no se puede despreciar. El Espíritu nos capacita para recorrer el camino de la unidad y nos hace servidores alegres de su amor. Benedicto XVI describe cómo es la unidad que anhelamos: «*No es ni absorción ni fusión, sino respeto de la multiforme plenitud de la Iglesia, la cual debe ser siempre una, santa, católica y apostólica*». Una unidad en la que cada uno puede aportar su carisma sin miedo a ser rechazado. **Una unidad en la que todos son valorados y respetados en su originalidad.**

La Trinidad nos muestra a un Dios todopoderoso que se hace pequeño para caminar al lado del hombre. Decía Benedicto XVI: «*Dios desciende y se hace esclavo; nos lava los pies para que podamos sentarnos a la mesa. Sólo el amor tiene la fuerza purificadora que nos limpia de nuestra impureza y nos eleva a la altura de Dios. Él es continuamente ese amor que nos lava. Nos hace capaces de Dios*»¹. Dios se hace débil, siendo todopoderoso, se hace presente en la historia, siendo eterno. Se hace esclavo, siendo Rey. Se hace pequeño siendo grande, para levantarnos en nuestra debilidad. La Trinidad nos muestra el camino del descenso de un Dios que viene a rescatar al hombre. Al contemplar la Trinidad nos sentimos anonadados ante tanto amor. Decía Luigi Giussani: «*No se comprende lo que es el cristianismo si no se entiende que Cristo es Dios hecho hombre para responder a las exigencias del hombre, a su sed de verdad y felicidad, de justicia y de amor*»². El amor de Dios viene a nuestra carne, asume nuestra condición limitada, para redimirnos, por medio de su amor, de la muerte. Viene

¹ Benedicto XVI, “los Caminos de la vida interior”, 87

² Antonio Socci, “El Secreto del Padre Pío”, 369

para dar respuesta a la sed de infinito que padecemos, a ese deseo de plenitud y felicidad que padece nuestro corazón insaciable. Dios se hace historia para que nuestra vida cobre un nuevo sentido, para que entendamos que Dios nunca se desentiende de nuestro destino. El Espíritu recorre los caminos y nos hace comprender el misterio de la paternidad de Dios. En la fuerza del Espíritu hacemos milagros, obras que son fruto de su presencia en nuestra vida. Camina con nosotros y actúa a nuestro lado. El poder de Dios se hace indefenso entre los hombres para que así podamos retenerlo entre nuestras manos. **Dios se abaja para que aprendamos a mirar la vida desde su altura.**

Es así como la Trinidad se hace historia, se hace presente en nuestra vida, para que el Espíritu Santo nos dé un conocimiento pleno sobre nuestra propia vida: «*Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*». No comprendemos casi nada. Menos aún cuando nos confrontamos con la muerte de seres queridos. El otro día fallecieron varios niños en un incendio en Qatar. La muerte siempre escapa a nuestra comprensión, más aún la muerte de niños inocentes. Permanecemos callados ante el misterio. ¿El Espíritu Santo nos hará comprender lo que nos parece tan injusto e inhumano? No, ante el misterio permanecemos sobrecogidos, en silencio, contemplando una realidad que nos abruma. En el cielo encontraremos respuestas. En la tierra caminamos entre sombras. Aunque a veces sintamos que sí, que tenemos todas las respuestas a los problemas de los hombres. Y vivimos entonces tratando de solucionar la vida a los demás, como si las respuestas brotaran de nuestra sabiduría infinita. Sin embargo, el hombre se confronta una y otra vez con su ignorancia. Cuando más cerca estamos de Dios, menos sabios nos sentimos. Cuando nos alejamos de Él, por el contrario, crece nuestra prepotencia. Nos sentimos más fuertes, casi como si tuviéramos el poder de Dios en nuestras manos y creyéramos tener todas las respuestas. Comentaba el P. Kentenich un peligro en el que podemos llegar a caer: «*Los teólogos, especialmente hoy en día, saben mucho de Dios, de lo que dice la Sagrada Escritura acerca de Él, pero tienen un amor débil. Llegan a ser maestros del saber pero no maestros del corazón, del amor, por consiguiente tampoco son maestros de la vida, de la oración y del espíritu de oración*»³. Queremos poseer una sabiduría que no brote de nuestra capacidad sino de Dios. Un conocimiento de Dios que esté arraigado en el corazón, y no sólo en nuestras ideas. Dios Trino tiene que tocar nuestro corazón y el Espíritu debe llegar a lo más profundo del alma. El otro día leía: «*Dios es como la vida que, además de razonarla, hay que sentirla, intuirla, palparla más allá de su materialidad. Sólo cuando aprendes a mirar con el alma y a pensar desde el espíritu puedes entender la vida*»⁴. El verdadero conocimiento sobre la vida, sobre nuestra persona, viene dado por el Espíritu en el corazón, en lo profundo de nuestro ser. Pero ese saber, ese conocimiento, sigue siendo limitado y pobre, sólo estamos en camino. Esa «*docta ignorancia*», mencionada por S. Agustín, nos permite caminar en la vida con humildad. **A tientas, en un claroscuro de luces y sombras. Sabiendo e ignorando al mismo tiempo.**

María es nuestra verdadera Maestra en el camino de la fe. Ella es el cántaro vacío abierto a la vida que brota del corazón de Dios Trino. Es el remolino que nos conduce en la fuerza de su amor a lo más profundo del corazón de Dios. María es la mujer trinitaria, porque en Ella vive Dios, porque es el reflejo en la tierra del amor trinitario. En palabras del P. Kentenich: «*En María se hace persona la “potentia obedientialis”, la capacidad de obediencia humana, la apertura a lo divino, al Eterno. La Bendita como orante es el símbolo de esa apertura. Ella es el cántaro vacío, la vela que se enciende desde arriba*»⁵. Es la apertura orante. La mujer vacía de sí misma. De sus egoísmos y orgullos. María no dice «*Sí, quiero*» a la voluntad de Dios. No se trata del «*sí*» de aquel que se siente fuerte y

³ J. Kentenich, “Tú y tu Dios, reflexiones sobre la oración”, 30

⁴ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 20

⁵ J. Kentenich, “Pedagogía para educadores católicos”, 260

poderoso, y se entrega alegre en el seguimiento de Dios. María, por el contrario, se siente la esclava del Señor. En el sí de María se encarna el deseo de Dios de que el hombre se haga dócil a su Palabra. Es un sí sencillo y humilde que abre su corazón de niña y permite que la Trinidad haga allí su morada. En su corazón se experimenta hija, llena de gracia, amada sin igual por un Dios que se abaja para buscarla. Repite en el silencio de su alma las palabras del Magníficat: «*Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava*». En María, cubierta por la sombra del Altísimo, se hace carne el Hijo amado del Padre por la fuerza del Espíritu Santo. María se convierte entonces en modelo, en custodia viva y en camino de vida. Si adoptamos su actitud ante la vida cambiará nuestra forma de vivir. Si dejamos de lado nuestro orgullo y nos vaciamos de nuestra prepotencia, Dios tendrá un lugar en nuestra vida. Dice el P. Kentenich: «*Si cultivamos una apertura filial a lo eterno y divino, viviremos en nosotros mismos, de modo análogo, la realidad de la encarnación. Si mantenemos esa apertura, seremos colmados por Dios y lo divino*»⁶. María nos enseña a mirar la vida con sus ojos de Hija, con la docilidad de su espíritu. El otro día leía: «*Si se aprende a consultar y a escuchar en cualquier cosa a María, Ella se convierte de verdad para nosotros en maestra inigualable en los caminos de Dios, maestra que enseña interiormente, sin el ruido de las palabras*»⁷. Se convierte en maestra para la vida. Ella está libre de pecado, es intacta en su corazón puro, y quiere devolvernos esa mirada inocente y pura. En Ella podemos limpiar el cántaro de nuestra alma para que habite en ella el Dios Trino. La contemplamos como hijos enamorados y soñamos con llegar a poseer una **mirada pura, inocente e ingenua como la suya, una mirada abierta a lo divino y dispuesta a acoger la voluntad de Dios cada día.**

El sí de María al amor de Dios es el mismo sí que queremos pronunciar en nuestra vida. No es sencillo decirle que sí a Dios siempre. Comentaba el P. Kentenich cómo fue el sí de Jesús: «*En Jesús no hubo grandezas humanas, cada acto de su vida fue grande porque estuvo cimentado en el cobijamiento en Dios, porque en toda circunstancia dijo "sí" a lo que el Padre quería de Él. La grandeza más grande de su vida fue haber dicho: ¡Ita, Pater!*»⁸. El sí de María y el Sí de su Hijo están íntimamente unidos. Es el sí sencillo a la voluntad, al amor del Padre. Así se hace historia el amor divino en el corazón del hombre. En la medida en nos arrodillamos con humildad y respondemos con generosidad. No obstante, queda claro que decirle que sí a Dios en la vida tiene sus riesgos. Y, como todo lo arriesgado a veces nos asusta, corremos el riesgo de dejar pasar oportunidades en nuestra vida. El otro día leía el testimonio de un sacerdote sobre su vocación: «*Creo que hay momentos en los cuales o uno se decide a tomar las riendas y elige el camino que considera suyo, asumiendo los riesgos y pagando los precios, o se deja a la vida que decida por uno. En muchos campos de la vida he conocido personas que nunca se atrevieron a confirmar sus intuiciones y permanecieron en terrenos seguros sin decidirse a hacer un camino que les aclarara dónde estaba su lugar*»⁹. El sí para hacer lo que Dios nos pide es un salto en el vacío. Si no lo damos viviremos con la duda en el corazón. Es necesario tener esa audacia que nos permita abrazar su voluntad aunque sus planes no coincidan con los nuestros. Porque muchas veces nos rebelamos contra lo que el corazón no desea. Y decimos: «*No puedes pedirme esto. Pídeme lo que quieras, el sacrificio más grande, pero no me pidas esto. Tengo todo lo que amo, todo lo que me hace ilusión. Además, tengo mi vida organizada, definida, ¿por qué de golpe entras y me rompes los planes?, ¿por qué me deshaces los sueños? No te entiendo. No quiero ser cura ni lo he querido nunca*»¹⁰. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Por eso es tan liberador entregarle nuestro corazón totalmente a María en la vocación a la que nos llame Dios.

⁶ J. Kentenich, “Pedagogía para educadores católicos”, 260

⁷ Raniero Cantalamessa, “María, espejo de la Iglesia”, 166-167

⁸ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 203

⁹ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 57

¹⁰ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 56

Cuando nos abandonamos, Ella nos utilizará como sus instrumentos más dóciles. Decía San Luis María Grignion de Montfort al describir cómo deberíamos entregarnos a María: «*Es necesario entregarse al espíritu de María, para ser movidos y conducidos de la manera que ella quiera. Es necesario dejarse en sus manos virginales, como un instrumento en las manos de un trabajador. Es necesario perderse y abandonarse en Ella, como una piedra que se arroja al mar*»¹¹. **En sus manos aprendemos a obedecer, a decir que sí a los deseos sutiles de Dios.**

El sí al amor de Dios Trino es al mismo tiempo un sí al dolor y a la cruz que forman parte de nuestra vida. Es parte de nuestro camino de peregrinos. Por eso siempre es necesario dar ese sí a los caminos difíciles de Dios. Cuando decimos que sí, algo queda sanado en nuestro corazón. Dios nos ama. Pero el corazón se rebela ante el dolor y la cruz. Y es necesario expresarle al Señor lo que sentimos. Comentaba el P. Kentenich cómo tendríamos que reaccionar ante la cruz: «*No debemos sobrellevar el dolor como un recluta sino como un niño que sabe gritar cuando así lo siente. Asumir una rígida actitud militar en el sufrimiento es destruir en nuestra naturaleza algo de la infancia espiritual, es embrutecerse. El niño sabe llorar, sabe ir a su padre con sus quejas y lamentos*»¹². Nuestro sí al dolor es un sí que comprende que Dios es amor porque ha experimentado cada día su fidelidad. Sabemos que Dios no se desentiende de nosotros cuando sufrimos; nos ama y permanece a nuestro lado en silencio, aguardando y sosteniendo nuestra alma caída. Así lo hemos escuchado hoy: «*Moisés habló al pueblo, diciendo: -Pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido: ¿hubo jamás palabra tan grande como ésta?; ¿se oyó cosa semejante?; ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?; ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor vuestro Dios, hizo con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos? Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre*» Deuteronomio 4, 32-34. 39-40. **Ese amor personal e inmenso hace posible nuestro sí, nuestra entrega callada y sufriente. Y nos da fuerza para seguir sus mandatos y cumplir su misión.**

Los apóstoles hoy son enviados a predicar y a bautizar en el nombre de la Trinidad. Hoy dice Jesús: «*En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: - Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*» Mateo 28, 16-20. La realidad del mandato, de este envío, se hace posible gracias a la promesa que lo acompaña. Jesús estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. De su corazón brota el envío, esa misión que supera nuestras fuerzas. El P. Kentenich hablaba de la misión que María impone desde el Santuario: «*Éste es un lugar santo, finalmente, porque desde aquí se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombres*»¹³. Para asumir tareas santas que nos superan, que van más allá de nuestras fuerzas limitadas, es necesario tener la actitud que veía reflejada en esta persona: «*Quisiera aprender a abandonarme por completo sin esperar nada de nadie; es un camino que quiero seguir con los míos, con quienes me han confiado, ¿no es acaso una misión importante? ¿No será de ella de la que se me pedirán cuentas?*» Nuestra misión se hace concreta y actual en las personas que Dios pone en nuestro camino. **Se hace posible cuando nos abandonamos y confiamos en ese amor que nos sostiene siempre.**

¹¹ S.L. Grignion de Montfort, “Tratado de la verdadera devoción a María”, 257

¹² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 210

¹³ J. Kentenich, “Acta 31 mayo 1949”